



Nicolas Gauthier

Ahora, más que nunca, existe un problema turco. ¿Es culpa suya o culpa de los europeos? La pregunta merece ser formulada en otras palabras. Ankara está intentando reconectarse con su pasado.

Es cierto que el ejército turco fue una vez el ejército más importante del pacto antisoviético y su palabra tenía fuerza de ley en ese momento. Se objetará que el "peligro rojo" fue, sin embargo, algo subjetivo, ya que la URSS nunca tuvo la intención seria de invadir Europa Occidental, mientras que otra amenaza, mucho más objetiva, permitió a Estados Unidos multiplicar el establecimiento de bases militares en nuestro Viejo Continente, de los que solo nos enteramos mucho más tarde en los archivos soviéticos después de que se abrieron con la caída del Muro de Berlín.

Las cosas han cambiado desde entonces, abriendo una ventana de oportunidad para que el presidente Erdogan restaure al Imperio Otomano su antigua gloria. Para ello, tenía dos hierros en el fuego: su entrada en la Unión Europea, que se posponía constantemente, ya que se basaba en un breviario humanista completamente ajeno a su gente y el "dulce comercio" tan querido por los sumos sacerdotes del edificio de Bruselas, para quien nuestro destino consistió en dejar atrás la historia, siendo la única vocación de Europa seguir siendo un espacio abierto a los cuatro vientos del libre mercado y, finalmente, estar libre de las contingencias del viejo mundo.

Como siempre, no pasó nada como habían pronosticado los expertos: el nuevo sultán no tiene nada que ver con los derechos humanos y el libre comercio solo funciona para ti. En otras palabras, Erdogan está jugando a la política, mientras que Europa se contenta con gesticular, empujando cada vez más los bordes del tablero de ajedrez, interviniendo en el Mediterráneo (recursos de gas), Azerbaiyán (zona de habla turca), asumiendo el riesgo de desafiar a Rusia,

un enemigo que ciertamente es hereditario, pero al que sin embargo compró estos misiles S-400, una afrenta que la industria del poderoso EEUU, su tradicional proveedor de armas, lucha por soportar.

Por el lado de la Casa Blanca, a Biden le gustaría reconsiderar la actitud de esperar y ver de Trump, que lo hizo reacio a intervenir fuera de sus fronteras estadounidenses, mientras reconsidera los lazos con su "amigo turco", especialmente para evitar que Trump se acerque demasiado del "enemigo" ruso. Aquí, también, los estadounidenses parecen haberse quedado en la era de la Guerra Fría hace algunas décadas, mientras que sus interlocutores todavía piensan en una dimensión secular.

Es probable que este espinoso tema se debata en el Consejo Europeo de los próximos días. ¿Se debería expulsar a Turquía de la OTAN? Una vez más, Francia estará más que aislada, sabiendo que la frase "muerte cerebral" de Emmanuel Macron aún no ha pasado al poderoso padrino estadounidense. Es cierto que Hubert Védrine, exministro de Relaciones Exteriores de François Mitterrand, declaró en Le Figaro el 10 de diciembre: "*Joe Biden será menos complaciente con Erdogan, pero el sistema OTAN-EE. UU. seguirá pensando que no podemos prescindir de Turquía*". O la persistencia del tropismo ancestral antirruso, con el objetivo de contener cualquier indicio de una potencia continental fuerte y, sobre todo, susceptible de desafiar su liderazgo mundial.

Sin embargo, la poderosa Alemania solo piensa en sí misma; así como Turquía, así como los Estados Unidos. El camino de Francia es decididamente más estrecho que nunca; especialmente cuando lleva la carga europea sobre sus hombros. ¿Será Emmanuel Macron lo suficientemente potente? Esa es la pregunta.